



Reque encantado y las cruces para el diablo

Uno de los relatos más conocidos y difundidos, por la memoria colectiva de los recanos, es la presencia del diablo y su relación con las cruces.

Cuenta la tradición oral que, en tiempos antiguos, la población del pequeño y tradicional pueblo de Reque se alumbraba con candiles y mecheros, quedando, prácticamente, en la oscuridad sus calles y con ello noches interminables, inquietantes, temerosas y oportunas para la visita de una figura muy temida, el diablo.

Este, según las versiones de los pobladores, visitaba el pueblo por las noches y se desplazaba en un caballo ataviado con alhajas de plata. Eran tanta las joyas que al chocar unas con otras, producían un sonido tan fuerte que a los que estaban durmiendo los despertaba y a los que intentaban hacerlo no los dejaba cerrar los ojos.

La población amedrentada solo atinaba a escuchar, sin ni siquiera intentar salir de sus humildes casas, quedando el pueblo a merced del rey de la oscuridad. Pero esa no era única forma como este maléfico ser se les presentaba. En otras ocasiones, los pobladores observaban que en la profunda oscuridad se desplazaba, por las calles, una pata con sus patitos de oro; en otras, lo hacía a través de una chancha que atada a una gruesa cadena de oro se perdía por una huaca, cerca de la periferia del pueblo. También lo habían visto presentarse tomando la forma de un caballo cojo que se desplazaba y se perdía por la calle San Martín.

¡El Benjamín está en el pueblo! manifestaban las ancianas cuando lo veían llegar y todos, ya preparados, comenzaban a dibujar cruces en sus casas y en los espacios comunes con la esperanza de alejarlo, por el



temor que le tenía a este símbolo sagrado. Una noche estaban reunidos varios agricultores en una de las esquinas del parque, lo hacían con el fin de tomar unos tragos que los calentara para la jornada de riego que les esperaba ¡Tenemos agua y hay que regar! comentaba Hilario Puyen a su primo Honorio y a sus ocasionales acompañantes. Cerca de las 2:00 de la madrugada y prestos a dirigirse al campo, escucharon el cascabelear de un caballo al desplazarse por el suelo de piedra que recubría las calles de alrededor del parque. Todos muy asustados veían cómo se acercaba un jinete vestido de negro, montado en un caballo muy alhajado. El jinete, hombre muy alto y con cara de mujer, tranquilo se bajó del caballo ante el asombro y temor de los campesinos. Se dirigió al único negocio que aún atendía. Pidió un cigarrillo y con tan solo tomarlo se ardió sin necesitar un fósforo. Éste muy sereno tiró dos monedas, tomó el caballo y al darse la vuelta para montar, una enorme cola se desplegó de la espalda y, ante el asombro de todos, se perdió en la oscuridad de la noche.

Muy temprano, los testigos de tal suceso fueron a visitar al sacerdote quien luego de escucharlos decidió invitar, mediante un pregón, a todo el pueblo a una reunión para tomar decisiones sobre los constantes ingresos del diablo al pueblo. El acuerdo al que se arribó en aquella reunión los llevó a colocar cruces alrededor del pueblo, sobre todo en las entradas de los caminos principales por donde accedía o se alejaba el diablo.

El pueblo unido logró confeccionar las cruces que fueron distribuidas de la siguiente manera: Una en la puerta del templo, otra en el camino a Saña(hoy Cerro Cerrillos), la siguiente en el camino hacia el este, en una pampa cerca de Baldomero Hurtado, otra en el camino a Chiclayo (hoy Colegio 10050) entre dos ficus y junto a lo que era el camal antiguo, y la última a la salida del camino hacia Eten en la zona oeste del distrito, en el terreno de Florentino Ramos.

Si creen que el trabajo terminó con la colocación de las cruces no fue así, la organización de comunidades de fieles y cofradías incluía celebración de festividades a las cruces, construcción de altares, capillas y el mantenimiento de estos iconos sagrados. Este esfuerzo y unidad, en el poco tiempo, tuvo sus resultados; el diablo no más hizo su aparición por el pueblo que dejó de ser Reque, el pueblo encantado.

Con el paso de los años, lo vivido forma parte del recuerdo y la mayoría de las cruces, símbolos del poder religioso y católico, han desaparecido. Solo sobreviven al tiempo la Cruz del camino hacia el Oeste, dentro de una pequeña capilla a la cual se le llama la Cruz de Florentino y la cruz del camino a Chiclayo, que fue sacada cuando se construyó el colegio 10050, y hoy está al cuidado de la familia Lara quienes, en mayo, hacen una celebración para la Cruz; las demás se perdieron en el tiempo y en la transformación del pueblo en su paso a la modernidad.



Capilla Cruz de Florentino

